

Lenguaje y conocimiento

LUIS MARTÍN ARIAS
Universidad de Valladolid

Language and Knowledge

Abstract

From a general theory of language we propose the existence of three types of texts: artistic, scientific and ideological. When analysing these texts we have to consider their specificities as well as the fact that in many occasions they intermingle with each other as constituent parts of a single text. The ideological texts entail an ignorance of both the world and ourselves. They involve a false conscience of reality, and a refusal of the real, which can only be touched from an ideology seen as a vile jouissance, through the political hate to the other. On the contrary, with the artistic texts we are faced with the founder dimension of language and the subjective truth. Scientific texts, by its side, let establish the reality principle and an objective knowledge, by proposing the factual truth as a linguistic construct that hold within itself an instance, shadow or footprint of the real.

Key words: Language. ideology. Scientific Knowledge. Subjective Truth.

Resumen

A partir de una teoría general del lenguaje proponemos la existencia de tres tipos de textos: artísticos, científicos e ideológicos; los cuales deben analizarse teniendo en cuenta tanto sus especificidades como el hecho de que muchas veces se entremezclen entre sí, como partes constituyentes de un único texto. Los textos ideológicos suponen un desconocimiento del mundo y de nosotros mismos, una falsa conciencia de la realidad y una denegación de lo real, que sólo se puede rozar desde la ideología en forma de goce canalla, mediante el odio político al otro. Por el contrario, los textos artísticos nos sitúan frente a la dimensión fundadora del lenguaje y la verdad subjetiva, del mismo modo que los científicos permiten establecer el principio de realidad y un conocimiento objetivo; proponiendo por esto a la verdad fáctica como un constructo lingüístico que contiene en su interior una muestra, sombra o huella de lo real.

Palabras clave: Lenguaje. Ideología. Conocimiento científico. Verdad subjetiva.

ISSN. 1137-4802. pp. 7-31

Dado que el análisis textual considera que la cultura se conforma por textos que son, evidentemente, hechos de lenguaje, el propósito de este artículo es reflexionar sobre el lenguaje, pero en tanto que herramienta de conocimiento y también, siendo este segundo aspecto muy importante, de desconocimiento –del mundo y de nosotros mismos– para, a continuación, intentar comprobar de qué manera esta perspectiva puede articular-

1 "El falo y la raíz cuadrada de menos 1". *VI Congreso Internacional de Análisis Textual*. Segovia 15 de abril de 2010. El acta de la ponencia puede leerse en: www.tramay-fondo.com/actividades/congreso-VI/actas/luismartinarias.html. Recomendando la lectura de la misma, como complemento de este artículo.

2 GONZALEZ REQUENA, Jesús (2010): "Lo Real". *Trama y Fondo* nº 29, pp. 7-28.

3 MARTIN ARIAS, Luis (2007): "El lenguaje y el mundo. Consideraciones en torno al relativismo", *Trama y Fondo* nº 23, pp. 15-30.

4 La supuesta alternativa llamada "tercera cultura", de la que se viene hablando desde que en 1992 John Brockman publicara "The Emerging Third Culture" no es sino el más reciente intento de imposición hegemónica de la ideología neopositivista de siempre, que bajo la máscara de un, solo en apariencia, más moderno realismo cientifista, apoyado en el desarrollo de nuevas disciplinas como la inteligencia artificial, la genética o las neurociencias, trata de imponerse definitivamente en el ámbito cultural, aprovechándose del cansancio que sin duda han producido, en Europa y los EE.UU., los excesos retóricos del radicalismo constructivista y del irracionalismo postestructuralista.

se con la teoría y lectura de textos que manejamos en *Trama y Fondo*. La idea surge tras la revisión crítica de la ponencia que yo mismo presenté en el pasado VI Congreso Internacional de Análisis Textual¹, y de las reflexiones provocadas por la excelente conferencia que Jesús González Requena impartió en ese mismo Congreso y que después ha sido publicada en forma de artículo en esta revista².

Tres tipos de textos

Un texto es un hecho de lenguaje, por eso reflexionar sobre él, desde un punto de vista filosófico, requiere tener en cuenta lo que Rorty denominó "giro lingüístico" del pensamiento contemporáneo³, el cual ha supuesto que la importancia del lenguaje sea reconocida hoy en todos los ámbitos del conocimiento; aunque, al mismo tiempo, no dispongamos todavía de una teoría general que permita dar cuenta, a la vez y de manera satisfactoria, de los dos campos del saber, el conformado por las llamadas "ciencias", por un lado, y el de las "letras", por otro. Es más, cabe afirmar que actualmente, al menos en lo que se refiere al debate teórico, ambas culturas se encuentran más enfrentadas y distantes que nunca⁴.

Por eso, necesitamos una teoría general del Lenguaje, escrito así, con mayúscula, que sirva tanto para la filosofía de la ciencia y la epistemología científica, como para esos otros apartados de la filosofía que son la gnoseología poética, la estética o, incluso, la ética y, finalmente, y este puede ser un aspecto más novedoso, que sea útil asimismo para el análisis de cómo se genera y transmite culturalmente la ideología, entendiendo a esta como lo opuesto al saber y al conocimiento.

Para empezar a aproximarnos a dicha teoría general puede ser un buen comienzo partir de la propuesta de Roland Barthes, según la cual el Lenguaje, en tanto que sistema o estructura general, comprende en su interior todo tipo de fenómenos lingüísticos y semióticos (desde las numerosas lenguas naturales a, por ejemplo, los diversos "lenguajes" estéticos), resolviendo de este modo el malentendido generado por Saussure cuando, en su famoso *Curso de lingüística general*, propuso que la lingüística, como estudio de las lenguas naturales, formaría parte de una ciencia más amplia, la semiología o semiótica, la cual abarcaría además de a dichas lenguas naturales a otros "lenguajes". A esta pretensión de la semiótica de

ser la ciencia general o la disciplina de los “lenguajes”, de tal modo que comprendería a las otras disciplinas secundarias en su interior, incluida la lingüística, como meros subconjuntos de ella, Barthes le dio acertadamente la vuelta, al proponer que la ciencia general del lenguaje y de todas sus manifestaciones (discursivas y textuales) es en realidad la lingüística y que esos otros “lenguajes” (por ejemplo, el “lenguaje” del cine o de la moda) no serían sino “hablas” en relación a un sistema general que debe pensarse, eso sí, tomando como modelo de referencia a las lenguas naturales⁵.

Pues bien, si el Lenguaje es un sistema o estructura general, para referirnos a él podemos utilizar metáforas como la de la “malla” o la de los “juegos” de Wittgenstein y la del “ajedrez” de Saussure⁶ o asimismo el concepto matemático de “conjunto universal”, también llamado en la teoría de Cantor y Frege “universo de discurso o referencial”, siempre y cuando tengamos en cuenta el límite que supone, a su universalidad, la “paradoja de Russell o del barbero” y que, asimismo, según la lógica matemática el inevitable complemento del Lenguaje, entendido como conjunto universal tiene que ser, precisamente, el conjunto vacío, que en cierto modo podemos considerar una metáfora de lo real, es decir lo que queda fuera del Lenguaje en tanto que este es el conjunto universal de imagos, significantes y referentes; un conjunto que pese a encontrarse vacío de todo significado mantiene con el Lenguaje una relación dialéctica. Hay que tener en cuenta, además, ante la tentación de explicar al Lenguaje exclusivamente desde las matemáticas o de formalizarlo en exceso, que junto a la paradoja de Russell y al inevitable recurso al conjunto vacío, el teorema de K. Gödel evidenció, en 1931, cómo en todo sistema aritmético existe una proposición que no es ni demostrable ni refutable dentro del propio sistema.

Todo ello vendría a poner en evidencia que la teoría general del Lenguaje tiene que ir más allá de la lógica y de las matemáticas (es decir del ámbito de la epistemología científica más estricta) y plantearse, para ser convenientemente completada, la existencia de una relación dialéctica entre el sistema o estructura general, que llamamos Lenguaje, y lo real del mundo, que es nada más y nada menos lo que se le escapa, por ser una estructura formal. Y es que la principal limitación del concepto de Lenguaje que dimana de este esquema más estrictamente epistemológico es que puede ser definido exclusivamente como un sistema, como una estructura fija, muerta, inanimada y abstracta, que si bien comprende, pero sólo como un componente más, a eso que J. G. Requena ha tenido el acierto de denominar el registro de lo semiótico, está falto de algo más, que sin embargo

⁵ BARTHES, Roland (1978): *Sistema de la moda*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

⁶ GONZALEZ REQUENA, J., *op.cit.*, p. 8. Nos recuerda el autor que en estos conceptos del lenguaje se fundamenta precisamente “la percepción mayor del estructuralismo”.

es esencial. Así, a esta estructura semiótica, y en relación dialéctica con ella, hay que añadir, como ya hemos señalado, el registro de lo real y, asimismo, el registro de lo imaginario, que junto con el concepto de la dimensión simbólica del Lenguaje conformarían una teoría del texto⁷.

7 GONZALEZ REQUENA, Jesús (1996): "El texto: tres registros y una dimensión". *Trama y Fondo* nº 1, pp. 3-32.

De entrada, J.G. Requena sitúa la caracterización de estos tres registros y, sobre todo, de la dimensión simbólica en relación a los textos, en tanto que manifestaciones culturales y experiencias concretas, es decir en el ámbito del "habla", más allá de la estructura; pero quizá podamos trasponer esta propuesta al Lenguaje en sí; siguiendo en cierto sentido el camino inverso recorrido en su momento por Barthes, cuando su teoría fue evolucionando desde la semiótica del "código" y de la "lengua" (es decir de la estructura) hacia la esfera del "habla" y de la práctica concreta de los hechos de lenguaje, mediante los cuales el Lenguaje se manifiesta. Si un texto es, en principio, un discurso, un hecho de lenguaje, referido a un sistema estructurado, es porque viene a ser el Lenguaje puesto en acción, realizado como actualización concreta del sistema general; pero un texto también es un objeto complejo, un sistema particular que se define por su autonomía y su clausura, diferenciándose del mero discurso por ser un conjunto cerrado, una "obra", con una organización y unas implicaciones propias; por todo lo cual podemos considerar que el texto es un caso concreto, realizado, del Lenguaje, entendido este, insistimos, como algo que va más allá de la estructura, porque como señaló en su momento J.G. Requena hay "una confusión en la lectura de Saussure, que ha conducido a pensar que el habla no sería después de todo otra cosa que la realización —la actuación,

8 GONZALEZ REQUENA, Jesús (1998): "En el principio fue el Verbo. Palabra versus Signo". *Trama y Fondo* nº 5, p. 7-28.

9 La dimensión simbólica estaría ya presente en el Lenguaje, en tanto que este es algo más que una simple estructura formal, pues se trata del universo de acogida que nos aguarda a cada uno, como cuerpos concretos que venimos al mundo. Esto explicaría la existencia de lo que algunos denominan las leyes (morales o éticas) "naturales". Así mismo, permitiría entender la existencia de preceptos morales en el fondo muy similares en todas las épocas y lugares del mundo.

la puesta en práctica— de la lengua. De manera que de la comprensión del sistema de la lengua se deduciría totalmente la comprensión del habla. Pues si eso es así, si el habla es la actuación de la lengua, lo es tan sólo desde el punto de vista de la lengua que es muy precisamente, como Saussure estableció, el punto de vista sistémico, estructural, sincrónico —es decir, después de todo: el propiamente semiótico", de tal modo que "una Teoría General del Lenguaje no puede ignorar el punto de vista diacrónico, que es propiamente —también fue Saussure quien lo dijo— el del habla"⁸. Esta "dimensión del habla" sería la "diacrónica", de tal manera que podemos replantear, desde otra perspectiva, la fórmula clásica de que el Lenguaje es "lengua" (es decir estructura semiótica) más "habla" (los textos, con sus tres registros y una dimensión). Por tanto, el Lenguaje comprende o se configura no sólo en relación a lo semiótico sino también a lo imaginario, a lo real y a la dimensión simbólica⁹.

Al existir una relación dialéctica entre la “lengua” y el “habla”, el Lenguaje no se explica sin uno de estos dos componentes. En resumen, nos movemos dentro de un concepto de Lenguaje (con mayúscula) que comprende no sólo al lenguaje (con minúscula), a su estructura, es decir su eje sincrónico, sino también la diacronía, los fenómenos del habla y, sobre todo, la dimensión de la enunciación por la que, en tanto que acto o experiencia concreta, la estructura semiótica del Lenguaje emerge a través de un cuerpo, único e irrepetible, en lo real, del hablante, que de este modo no sólo percibe sino que crea, o recrea, la realidad empírica que habita; aunque este proceso conlleve inevitablemente un choque del individuo con lo real exterior del mundo y, también, con su propia naturaleza humana, entendida entonces como lo real interior en tanto que pulsión.

Como señala J.G. Requena en relación al sistema percepción-conciencia, que en cierta forma podemos considerar como equivalente al uso de la razón en sí y, quizá también, a la capacidad de conocimiento que dimana de ese concepto general de Lenguaje que estamos manejando: “la percepción es concebida, en cambio, como el efecto de los prudentes, incluso temerosos, movimientos, a la vez activos y defensivos, del ser, para explorar ese medio ambiente hostil que lo rodea”¹⁰.

¹⁰ GONZALEZ REQUENA, Jesús (2010): “Lo Real”. *Trama y Fondo* n° 29, pp. 11-12.

Pues bien, de cómo se lleva a cabo esa “exploración” tendría que dar cuenta una complementaria, respecto al Lenguaje, teoría del conocimiento que considere los diferentes tipos de textos, es decir de hechos de lenguaje que caracterizan su concreta puesta en práctica en relación con dicho “medio ambiente hostil”, pero también con lo real interior, ya que “a su vez, la pulsión es la presión sobre la conciencia de lo real que procede desde el interior del cuerpo”¹⁰. Sucintamente, y para intentar acotar la cuestión todo lo que sea posible, podemos decir que desde el punto de vista de la teoría del conocimiento que proponemos existirían al menos tres tipos de textos que hay que caracterizar y analizar, siempre que sea posible, por separado; aunque muchas veces se entremezclen unos tipos con otros como partes constituyentes de los textos concretos, que rara vez pertenecen sólo a uno de ellos con, digamos, toda su pureza estrictamente teórica.

En definitiva, con todas las precauciones anteriormente expuestas y al menos teóricamente, podemos situar en primer lugar, tanto desde el punto de vista sincrónico, como diacrónico y también según su importancia en el orden del saber, a los textos “subjetivos, poéticos o estéticos”, que desde la dimensión fundadora del lenguaje nos constituyen en tanto que sujetos y nos permiten vivir una experiencia simbólica desde la que afrontar lo

real; después tendríamos que referirnos a los textos “objetivos, epistemológicos o científicos”, como hechos de lenguaje con los que buscamos construir y establecer, partiendo de verdades lógicas, unas verdades fácticas¹¹, empíricas y falsables sobre las que soportar la realidad; y por último los “subjetivistas-objetivistas o ideológicos”, que pretenden alienarnos cómodamente en la falsa conciencia, la superstición y la mentira, en la negación incluso del principio de realidad y sobre todo en el no saber de lo real de la diferencia sexual y de la muerte. Los textos ideológicos son, por tanto, una mezcla interesada de objetivismo (que es algo bien diferente de la verdad objetiva) y de subjetivismo (asimismo diferente de la verdad subjetiva) y persiguen que podamos “hacer” (en el ámbito económico y social) sin “saber” (ni de la realidad en toda su hondura ni, por supuesto, de lo real); mientras que los dos primeros (el científico y el poético) están del lado de la búsqueda de la verdad en sus dos formas: objetiva y subjetiva.

11 GONZALEZ REQUENA, Jesús (2003): “Teoría de la verdad”. *Trama y Fondo* nº 14, pp. 75-94. Seguimos en este aspecto, como en tantos otros, una propuesta del autor, incluida en este artículo, en relación a la existencia de tres tipos de verdad: lógica, fáctica y subjetiva.

Dimensión fundadora del lenguaje

Un solo Lenguaje, pero tres tipos de textos diferentes. Esta es la hipótesis que proponemos, aunque antes de nada hay que aclarar que estamos esquematizando quizá en exceso, pues como ya hemos sugerido estos tipos, “puros”, rara vez se dan como tales y lo habitual es que en una obra (literaria, cinematográfica..) haya componentes de dos o, incluso, de los tres¹²; como también cabe precisar que existen otros tipos intermedios, tanto de textos como, sobre todo, de discursos, no enteramente clasificables como tales en alguna de estas categorías principales. Aún así, estas serían las tipologías esenciales en relación con la adquisición de conocimiento, que es el aspecto del Lenguaje que ahora nos interesa explorar.

En cualquier caso, para desarrollar esta hipótesis, la de un solo Lenguaje y tres tipos de textos diferentes, deberíamos explorar la existencia de unas relaciones específicas entre lo semiótico, lo imaginario, lo real y la dimensión simbólica para cada una de estas tres categorías textuales, siempre teniendo en cuenta que partimos de una teoría general que va más allá del análisis de los textos artísticos y que debe ser aplicable tanto al Lenguaje, en general y en un sentido filosófico, como a todo texto o hecho de lenguaje concreto y, asimismo, a la relación que estos mantienen con la realidad y lo real del mundo, exterior e interior a nosotros mismos¹³.

12 Por lo cual existe el peligro de no saber diferenciar ni analizar adecuadamente cada uno de estos ámbitos textuales. Por ejemplo, Miguel Ángel Navarro Crego, filósofo que, en la línea de Gustavo Bueno, viene desarrollando una divertida confusión entre el mito (que pertenece al ámbito de lo poético) y la ideología, a propósito de los westerns de John Ford y las sin duda “complejas contradicciones existentes entre ética, moral y política” que se dan en estos textos cinematográficos clásicos. Su tesis doctoral, que al parecer va a ser pronto publicada como libro, lleva el explícito título de *Ford y el Sar-gento Negro como mito (Tras las huellas de Obama)*.

13 Puede ser lícito reservar el término “texto” sólo para los artísticos, dejando el concepto de “discurso” para la ciencia y la ideología; aunque en ese caso no proce-

El primer problema con el que nos encontramos es que muchos autores de prestigio, por ejemplo Barthes o Lacan, han propuesto conceptos del Lenguaje basados, exclusivamente, aunque sin decirlo claramente, en algunas de las características del texto artístico o poético. Así Lacan, quien en su radical antihumanismo, que conlleva la impostación de un constructivismo relativista e irracionalista, considera que siempre, en todo momento y situación, “somos hablados por el lenguaje”, y que “un significante es lo que representa al sujeto para otro significante”. Algo parecido sostiene Kristeva, al señalar que en el texto “poético, literario, o de otro tipo” –y la clave está precisamente en esa extensión a todo texto “de otro tipo”– la “significancia” se alcanza a fuerza de trabajar un “significante” en todo equivalente al lacaniano; o bien Barthes cuando señala en *El placer del texto* que “texto quiere decir tejido, pero si hasta aquí se ha tomado este tejido como un producto, un velo detrás del cual se encuentra más o menos oculto el sentido (la verdad), nosotros acentuamos ahora la idea generativa de que el texto se hace, se trabaja a través de un entrelazado perpetuo; perdido en ese tejido –esa textura– el sujeto se deshace en él como una araña que se disuelve en las segregaciones constructivas de su tela”; por lo cual finalmente el “sujeto se pierde, se esparce y, en última instancia se disuelve irremediamente en el universo del lenguaje”¹⁴; con lo cual cabría deducir que al negar la posibilidad de una verdad construida mediante el Lenguaje, Barthes niega toda posibilidad de que exista un texto científico, es decir de que establezcamos a partir del Lenguaje una verdad objetiva y podamos acceder, de este modo, a la construcción del hecho como verdad fáctica. También niega, todo hay que decirlo, la posibilidad de una verdad subjetiva, con lo cual en el fondo pone en cuestión, con su irracionalismo constructivista, la esencia misma del texto poético.

Sin embargo, Tecla González en su mencionado artículo contrapone, a lo mantenido por Barthes, la teoría del sujeto de la enunciación propuesta por J.G. Requena en 1987¹⁵, según la cual es el “yo” (y no el “sujeto”) el que “se tambalea y en última instancia se quiebra” en la “experiencia de escritura”, proceso este, el de “escritura” que, a diferencia de lo que dice Barthes, y según puede deducirse del título del trabajo de la citada autora, cabría restringir a la enunciación en el marco exclusivo del “texto artístico”, es decir al ámbito de la experiencia del poeta (o del lector de un texto poético), pues no en vano encabeza este epígrafe de su artículo con una cita de Antonio Gamoneda.

dería caer en la redundancia de denominarlos “textos artísticos”. Por otro lado, y si bien es cierto que la dimensión simbólica del Lenguaje sólo está presente como tal en los textos poéticos, en los discursos científicos e ideológicos juega un papel muy importante, esencial, lo real (también, por supuesto, lo imaginario).

14 GONZALEZ, Tecla (2009): “Aproximación a la problemática de la enunciación: el lugar del sujeto en el texto artístico”. *Zer. Vol 14*, nº 27, pp. 149-163. Las citas provienen de este artículo. Asimismo, varias de las ideas e hipótesis del presente trabajo han surgido gracias al fructífero debate que he mantenido con la autora sobre su artículo, en particular, y en general sobre la teoría de la enunciación.

15 GONZALEZ REQUENA, Jesús (1987): “Enunciación, punto de vista, sujeto”. *Contracampo* nº 42, pp. 6-41.

En efecto, la propuesta de 1987 de J.G. Requena sobre “el sujeto de la enunciación” fue muy importante, pues nos permitió ir más allá de lo meramente semiótico, para poder así analizar los textos artísticos con otros instrumentos que no fueran los propios de la teoría de la comunicación, que solo atiende al juego entre un “yo autor” o emisor y un “tú lector” o receptor. Tras utilizar en este trabajo pionero con acierto la propuesta filosófica de Benveniste, la de que no hay un “yo” anterior al lenguaje, pues sólo podemos decir “yo” cuando hablamos, es decir cuando estamos ya dentro del lenguaje, años más tarde Requena precisará aún más la cuestión al señalar al texto artístico como “espacio de experiencia de la dimensión fundadora del lenguaje; esa que nos funda en tanto sujetos: allí donde el lenguaje está destinado a ser el ámbito en el que se configura la experiencia humana”¹⁶.

16 GONZALEZ REQUENA, Jesús (1995): *El análisis cinematográfico*. Madrid, Ed. Complutense, 1995, p. 19.

Este concepto, el de “dimensión fundadora” del Lenguaje, nos parece esencial a la hora de caracterizar aquello que separa al texto artístico de los otros dos (el científico y el ideológico); de tal modo que dicha dimensión fundante sería actualizada sólo en los textos poéticos¹⁷, siendo esa precisamente su mayor especificidad, la que los diferencia claramente de lo que ocurre en los textos científicos y en los ideológicos, en los que está excluida la dimensión fundadora (aunque por motivos distintos en cada caso). Ahora bien, convendría considerar que si no tenemos en cuenta esta especificidad del texto artístico podemos caer en la exageración constructivista de Lacan o de Barthes.

17 También, tal y como me ha precisado Tecla González, la dimensión fundadora puede ser actualizada mediante otro tipo de experiencias, tales como la relación maestro alumno o en el diván; a las que cabría añadir asimismo la experiencia religiosa auténtica (no su praxis exclusivamente institucional o su deriva supersticiosa, ambas meramente ideológicas), donde el Otro al que nos dirigimos, por ejemplo cuando rezamos, es plenamente Simbólico.

Esta dimensión puramente subjetiva y poética (es decir ni objetiva ni ideológica) del Lenguaje, que se desarrolla mediante una serie de actos fundacionales que nos constituyen como sujetos, ha sido perfectamente descrita y plasmada, de una forma casi definitiva, mediante esquemas que configuran un “modelo visual de descripción analítica del proceso de emergencia y configuración de la subjetividad”, en ese último trabajo de J. González Requena publicado en *Trama y Fondo* que estamos mencionando reiteradamente². Dicha teoría del lenguaje fundador, en lo simbólico, del “sujeto”, configura una secuencia de acontecimientos que van, tanto en el tiempo como en el espacio, desde el estadio del espejo como conformador del “yo” –el cual es antes que un “signo semiótico” procedente de la lengua materna una “imago especular”, una gestalt imaginaria– hasta la escena primaria y el cuento maravilloso, dando lugar así a la estructura del relato edípico, prototipo de todo relato simbólico, tal y como ya había sido propuesto por Requena, para el análisis del texto narrativo clásico¹⁸.

18 GONZALEZ REQUENA, Jesús (2006): *Clásico, manierista, postclásico. Los modos del relato en el cine de Hollywood*. Castilla Ed., pp. 550-551.

Esta fórmula, que reelabora de manera tan original, y tan fructífera para la lectura de los textos narrativos, las propuestas de Freud y de Vladímir Propp (complejo de Edipo + escena primaria + cuento maravilloso), es la que permite analizar cómo se lleva a cabo el proceso de configuración de la subjetividad de tal modo que el sujeto resultante, como Yo sujetado a lo simbólico, pueda afrontar lo que le aguarda en lo real de la experiencia sexual; aunque quizá podría completarse dicho esquema (esencialmente narrativo, sobre todo en su parte final) con las propuestas de Eugenio Trías sobre el origen del componente musical del lenguaje y de la música como “gnosis sensorial”, de tal modo que el arte más abstracto y arbitrario, más falto de narratividad y aparentemente más alejado de lo que puede ser un hecho de lenguaje, la música, pasaría a ser un hecho pre-lingüístico directamente relacionado, en términos sensoriales y afectivos, con la voz materna, dado que “la percepción acústica es sorprendentemente prematura en el embrión. El sonido se filtra a través del líquido amniótico. Desde fechas muy tempranas se inicia un discernimiento acústico entre sonidos acogedores y hostiles. La voz materna parece viajar a través de esa masa acuática”¹⁹.

Es decir, que es en el útero materno donde adquirimos el sentido del ritmo y de la armonía, que nos llega a través de las palabras sin significado y de los sonidos protectores del cuerpo de la madre, filtradas por el líquido amniótico. En efecto, es un hecho establecido por la ciencia que entre la 17ª y 18ª semanas (19 a 20 semanas de embarazo) el feto ya puede oír, aunque de manera distorsionada al encontrarse en el líquido amniótico, y posee también un desarrollo del sistema nervioso central suficiente (y, añadiríamos, lo suficientemente diferenciado por selección natural del de los otros mamíferos, incluidos los simios) como para empezar a procesar esos sonidos, entrando así en el universo de lo que venimos llamando Lenguaje.

Aunque es un asunto que se sale del objetivo de este trabajo, no podemos dejar pasar la ocasión sin señalar que estas consideraciones proporcionan una determinada perspectiva en el complicado debate moral sobre el aborto, que curiosamente coincidiría con cierta tradición de la iglesia católica, en concreto con los postulados clásicos de San Agustín y, sobre todo, de Santo Tomás de Aquino, quien de una manera bastante sensata propone que Dios infundiría el alma humana sólo cuando encontrase una materia preparada, un cuerpo con el nivel de desarrollo orgánico que le permitiese recibir ese alma, ya que una forma no se genera (ni se infunde) en cualquier materia, sino sólo en aquella suficientemente dispuesta, apo-

¹⁹ TRIAS, Eugenio (2008): “La piedra desechada”. *ABC*, 27-7-2008, p. 3. Por lo demás, Trias ha desarrollado su interesante teoría sobre la música como forma de conocimiento en dos libros recientes: *El canto de las sirenas* (2007) y *La imaginación sonora* (2010).

yándose para estas reflexiones en Aristóteles (“Investigación sobre los animales”, libro VII, cap. 3). Por tanto, el feto deviene humano y su eliminación podría considerarse entonces un homicidio, sólo cuando el cuerpo estuviese suficientemente preparado (organizado o formado): hacia el día 40 para el varón, y hacia el día 90 para la mujer (según una hipótesis que arranca de Hipócrates y Aristóteles), aunque Santo Tomás precisa en una de sus obras, el Comentario al libro IV de las “Sentencias” (dist. 3, q. 5, a. 2), que San Agustín añadía 6 días más para completar el cuerpo del varón, es decir, harían falta 46 días²⁰.

20 Obras: “Suma de teología” II-II, q. 64, a. 1: “en la generación del hombre lo primero es lo vivo, luego lo animal y, por último, el hombre”. Otro texto parecido: “Suma contra los gentiles”, 3, 22, n. 7; “Suma de teología” I, q. 76, a. 3 ad 3.

Palabra, caos y repetición

En resumen, para el ser humano, que nace por y en el Lenguaje, el principio de su ser está ineludiblemente en la palabra, en el verbo, lo cual confirma el enunciado bíblico: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas” (Juan. 1:1-3). Sin embargo, el filósofo irracionalista Michel Serres, en concordancia con ciertos postulados de su amigo Foucault y también de Lacan, ha intentado dar la vuelta a este enunciado del Evangelio según San Juan, para sostener que “en el principio es el caos”; entendiendo a este caos como la definición de lo real mismo. Serres inicia tal que así una de sus obras más importantes: “Por fin, el principio. En el principio es el caos. Hoy decimos: el ruido, el ruido de fondo. De dónde queréis que surja el verbo, sino del ruido”²¹.

21 SERRES, Michel (1977). En: “La distribución del caos”. Prólogo de *Hermès IV*.

En este interesante debate lo primero que convendría aclarar es qué se entiende por “principio”. Si la casa del ser (humano) es el Lenguaje, si este nace en el Lenguaje, el principio de lo humano es sin duda el verbo, cuya existencia no obstante le debió preceder, ya que “en un momento dado surgió en el cosmos, por no se sabe qué golpe de azar, cierto espacio de conciencia. Pero desde el momento mismo en que surgió, surgió como algo dotado de cierta, desde luego frágil, autonomía. Y ese momento, por dialéctico, abrió un movimiento; precisamente: el de la palabra en su dimensión creadora de conciencia y, en esa misma medida, de realidad”⁸.

Entonces, ¿se puede pensar en un principio anterior a ese principio, previo al Lenguaje, es decir en lo real, entendiéndolo como “caos”, por contraposición al “orden” del Lenguaje? Creo que no, pues orden y caos

son ya dos categorías estrictamente lingüísticas y en el conjunto vacío de significado, que es lo real, tanto puede darse lo uno como lo otro o ambos a la vez o ninguno de los dos supuestos. La prueba está en que la ciencia actual encuentra o, mejor dicho, establece, simultáneamente tanto la existencia de un orden estricto (la fuerza de la gravedad, por ejemplo, ley física tan enigmáticamente inexplicada como precisa y constante) como de caos (en algunos niveles de teorización cercanos al infinito o a escalas subcuánticas, por ejemplo), aplicando sin embargo a los dos tipos de fenómenos el mismo método inductivo-deductivo y de verificación empírica; aunque todo ello no deje de ser una forma de expresar o establecer los hechos desde el Lenguaje y no pueda ser considerado, finalmente, como una definición de lo real en sí.

El Taoísmo, como otras filosofías clásicas de la Antigüedad, permite concebir la realidad, en tanto que basada en el Lenguaje y, al mismo, como efecto del equilibrio dialéctico entre dos componentes el *ying* (que podemos traducir como orden o principio masculino) y el *yang* (como caos o principio femenino), puestos en relación con una tercera dimensión: el Tao (o vacío esencial) que podemos entender como lo real. En este sentido la vivencia del caos debe ser experimentada desde el interior del Lenguaje, y por contraposición dialéctica a la experiencia de un mundo ordenado que este mismo Lenguaje hace posible.

En cualquier caso, es ciertamente interesante atender a cómo describe la Biblia que en el principio del mundo existía ya una relación dialéctica entre lo uno y lo otro, pues “la tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la faz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas”, lo cual se puede entender como que el “espíritu” del Verbo, del Logos y del Lenguaje procede, él también, de lo real. ¿De dónde si no? A propósito de este enigma, el escritor William Burroughs concluía que “el lenguaje es un virus que vino del espacio”, haciéndose así cargo de la paradoja de que el Lenguaje si bien construye la realidad, como expresión de nuestra mejor forma de relación con lo real, procede a su vez de lo real.

De este modo, puede ser compatible decir que “lo real es caos, mutación incesante y sin sentido, en la que todo cambia constantemente y nada se repite jamás”² como justamente lo contrario, que lo real es eterno retorno, tal y como Nietzsche afirma en *Así habló Zaratustra*: “Todo va, todo retorna, la rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere, todo florece de nuevo... Todo se quiebra, todo se reúne de nuevo; eternamente se

edifica el mismo edificio de existencias"; del mismo modo que Kierkegaard dirá que la repetición está al servicio de lo que él llama "el instante eterno del origen". La proximidad entre la pulsión y lo real está también en Lacan, que en su *Seminario XVII* coloca a la repetición "del lado de lo necesario –como la pulsión, podemos añadir. Entre otras cosas, para dar cuenta de lo real del síntoma, su goce, o sea, de su etcétera. Y es con esto con lo que la repetición, el síntoma y la pulsión se hermanan: es ese "no cesan de escribirse" que da cuenta de su permanencia"²².

22 NARANJO MARISCAL, José Antonio (2002): *La repetición en Freud y en Lacan*. Nodus II. Barcelona, 2002

Y es que lo real es en sí mismo incognoscible, por lo cual, en ese conjunto vacío de significado, podemos situar tanto al caos como al orden, o a la ausencia de ambos; pero también es posible situar a Dios, pues como escribió Wittgenstein en su *Diario filosófico* en 1916, "creer en Dios quiere decir ver que con los hechos del mundo no basta". De este modo, el concepto mismo y sobre todo la vivencia del caos, en tanto que ausencia de orden, para el ser humano sólo puede entenderse como posterior a su inmersión en el Lenguaje, ya que no hay nada que sea totalmente anterior a su entrada en él (salvo quizá la existencia animal de ese feto de menos de 17 semanas, que no es propiamente humano por no estar en el Lenguaje, pues todavía no oye desde dentro del cuerpo de la madre ni tampoco tiene un cerebro lo suficientemente desarrollado para procesar esos sonidos). Como hemos señalado, ya en la vida intrauterina se inicia un proceso de inmersión ineludible en el Lenguaje que conduce, después del

nacimiento, y si todo va bien, a la construcción del yo y a la fundación de la subjetividad. Un proceso, por tanto, entendido en dos fases, siendo la primera la de la musicalidad uterina, en la que se adquiere el sentido del ritmo, de la armonía y de la melodía; estrechamente ligado todo ello a una percepción oceánica de unicidad y totalidad, por la unión material con el cuerpo real de la madre.



Fig. 1. *Harmonía*, hija de Venus y Marte

Rota esta armonía, hija de Venus (diosa femenina ligada al erotismo) y de Marte (dios masculino, de la violencia y la guerra) (Fig. 1), comienza el drama del individuo y su soledad existencial, que se desplegará a lo largo de esa secuencia narrativa que va del Edipo a la escena primaria y al cuento maravilloso; un proceso que ha desarrollado de manera tan pertinente a lo largo de todos estos años J.G. Requena y que finalmente conforma esa dimensión fundadora del lenguaje que necesita ser actualizada mediante la experiencia estética (o religiosa). En definitiva, tras el nacimiento se produce la ruptura abrupta, real, de la unión al cuerpo de la madre y cesa la musicalidad de su voz, modulada por el agua, por el líquido amniótico, y en ese desgarró, bien real y dramático, el individuo sufre así su primera experiencia de angustia, que es, ahora sí, “vivencia del caos”, tal y como lo describe, acertadamente J.G. Requena².

Pero antes de esa primera vivencia angustiosa ya hubo contacto con el Lenguaje, tal y como hemos señalado, lo cual permite explicar por qué todo este proceso lo sufren exclusivamente las criaturas humanas y no las crías de otros mamíferos, incluidos los simios. Lógicamente, la experiencia del caos sólo puede tener lugar desde una posición en la que es posible tener asimismo una percepción del orden, es decir desde dentro del universo del Lenguaje, aunque precisamente esa primera y esencial experiencia de lo caótico del mundo ocurra porque, para el animal que va a hablar, dicho arranque de su individualidad, tras ser abruptamente separado del cuerpo de la madre, se produce en un momento en el que aún no domina instrumentalmente el Lenguaje, ni en su registro semiótico ni, tan siquiera, en el imaginario.

Pero una vez construido en tanto que Yo, primero, y Sujeto, después, gracias a la dimensión fundadora del Lenguaje, el individuo como tal, físicamente, y como algo único e irrepetible, puede ser, existir, independientemente del discurso, de su estructura, ya que la persona no está condenada a ser siempre su prisionero o su simple efecto, como si estuviera abocada ineludiblemente a ser un mero producto del significante, una S impersonal, abstracta e idéntica a las otras (y por si fuera poco, además tachada) representada por un significante para otro significante (como dice el antihumanismo lacaniano) sino que en tanto individuo llega a ser algo único, personal y trascendente a los juegos de lenguaje, como manifestación de la estructura, pues la persona está compuesta por su cuerpo (pulsional e irrepetible), por su ideología o visión del mundo (generalmente, su componente yoico más impersonal) y por el uso objetivo, es decir científico, del principio de realidad (las verdades objetivas que

acepta y maneja, aplicando su libertad y libre albedrío para conocer o no –dolorosamente y de verdad– el mundo: aquí el lenguaje llega a ser, aunque de manera muy restringida, un instrumento al servicio de nuestro deseo de vivir); todo ello aparejado a otros deseos y a las experiencias subjetivas que, estas sí, nacen de la actualización que la religión o el arte permite de la dimensión fundadora, en lo simbólico, del lenguaje; constituyéndose así el individuo a partir de cierta resistencia de lo real corporal de cada uno y del mundo –es decir de sus circunstancias–, que se resiste al registro meramente significativo del lenguaje, “pues las palabras, si no son reenunciadas, si no se reencarnan, si no se resubjetivizan, se ahuecan, se vuelven signos tan objetivos –codificados– como vacíos”⁸.

Poner o no en relación esas verdades subjetivas con un componente ético es de nuevo una elección que podemos o no hacer, en ejercicio de nuestra libertad, y más allá de la tiranía impersonal del significante. Hay libertad y capacidad de elección en las complejas relaciones que se producen entre el cuerpo, el Lenguaje y el mundo; porque junto al Lenguaje como “lengua” o estructura predeterminada está el “habla” y en lo que se refiere al cuerpo, si bien este es producto de la herencia genética que nos determina, en tanto que genotipo, dicha precondition se va a expresar o no, de modos bien diferentes, mediante el fenotipo, influyendo también en el despliegue del cuerpo el azar y las circunstancias personales (incluso las propias decisiones sobre la forma de vivir) mediante los complejos fenómenos, que sólo conocemos parcialmente y que recogemos bajo el concepto de lo epigenético. De nuevo tenemos que recurrir a la dialéctica del ying (lo prefijado y repetido, que nos condiciona y limita, en tanto que estructura lingüística y genotipo) y el yang (lo que abre un margen a la voluntad y a libertad del individuo, cuya vida transcurre como experiencia única e irrepetible). Y ambos componentes, cómo no, puestos en relación con el Tao o vacío esencial, con lo real.

Punto de vista, enunciación e ideología

Sólo somos, o empezamos a ser, tras el encuentro fundador de nuestro cuerpo con el Lenguaje, y a partir de ahí nos constituimos en individuos únicos e irrepetibles; aunque podemos y debemos (a través del arte y la religión) revivir, reencarnar y experimentar, una y otra vez, esa dimensión fundadora. Pero, una vez en el interior del Lenguaje, y más allá de estas experiencias digamos poéticas, debemos recurrir también en nuestra vida cotidiana al uso científico u objetivo del Lenguaje, cuya caracteri-

zación no puede circunscribirse a ese momento particular que es la tarea, pura y dura, del investigador que aplica el método con rigor en sus experimentos. Digamos que ahí encontramos el exponente máximo y mejor perfilado del uso objetivo del Lenguaje, al igual que el del poeta que escribe su obra lo puede ser en el ámbito de la experiencia estética; pero del mismo modo que todos podemos ser lectores (o espectadores) de un texto artístico y acceder a la experiencia estética y a la dimensión fundadora del Lenguaje, sin necesidad de convertirnos previamente en artistas (ya que todos los hablantes llevamos cierta "artisticidad" inscrita en nuestra subjetividad) la mayoría de los seres humanos podemos y debemos comportarnos, en mayor o menor medida, en tanto que agentes del uso objetivo y científico del Lenguaje. Por fortuna; cabría añadir, pues el deseo de atenernos a la verdad objetiva y al principio de realidad es esencial para nuestra supervivencia como especie²³.

Estas experiencias, lo profano (el ying) y lo sagrado (el yang) nos ponen en relación con la verdad (objetiva y subjetiva) y, finalmente, con el Tao, con el vacío esencial de lo real. Sin embargo, hay otra forma de vivir, aparentemente más cómoda, la del ego que se instala en su narcisismo y en el principio del placer, situándose de espaldas a lo real, gracias a ese uso del Lenguaje, degradado o rebajado de su deseo de saber, que es la ideología; una utilidad del Lenguaje de éxito asegurado y de funcionalidad extrema²⁴.

¿Cuáles serían las características, desde el punto de vista de una teoría general del Lenguaje, de los textos ideológicos? Pues de entrada debemos fijar nuestra atención en la enunciación, siendo este ámbito el que permite diferenciar a los textos ideológicos de los artísticos, pues aquellos carecen de la dimensión fundadora del Lenguaje presente en estos últimos. Sin embargo, la ideología es una visión del mundo o, más bien, un punto de vista único e inmutable en sí²⁵, un lugar desde el que fabricar un significado consolador y engañoso; por eso es, antes que nada, una estrategia de enunciación, siendo esta más importante que los propios enunciados en sí, pues aunque la ideología es una falsa conciencia, la manipulación puede situarse específicamente a nivel de la enunciación y a veces es incluso compatible con contenidos o significados hasta cierto punto verdaderos; ya que estas medias verdades enunciadas (que son sobre todo de tipo lógico) pueden contribuir a enmascarar aún más el componente ideológico. Algo así sugiere, S. Zizek, al afirmar que en la ideología "lo que realmente importa no es el contenido afirmado como

23 Sería este el ámbito de lo profano, según la terminología que podemos tomar prestada de Bataille; frente a la dimensión fundadora del Lenguaje que remitiría al ámbito de lo sagrado.

24 MARTIN ARIAS, Luis (2009): "El Toro de la Vega: fiesta e ideología". *Trama y Fondo* n° 27, pp. 9-42. En este artículo he analizado la ideología como falsa conciencia y como universo defensivo de un ego alienado que no quiere saber nada de lo real del sexo y de la muerte.

25 Tal y como estableció en 1987 J.G. Requena en "Enunciación, punto de vista, sujeto" en el texto artístico, en cambio, "la subjetividad se dibuja en múltiples distancias y múltiples desplazamientos" y esa "multiplicación en cascada de los lugares del sujeto" es posible a su vez por la introducción de "múltiples puntos de vista". Aquí radica quizá la posibilidad ética inmanente al texto artístico, al permitir este el despliegue de la empatía, es decir que el yo se identifique y se ponga en el lugar del otro.

26 ZIZEK, Slavoj (2003): *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de cultura económica, p. 15. Interesante recopilación de textos de diversos autores, aunque, si bien esto sería motivo de un trabajo monográfico, no podemos dejar de señalar nuestro profundo desacuerdo con los análisis y teorizaciones de Zizek sobre la ideología, que ya había desarrollado previamente en *El sublime objeto de la ideología* (1992).

tal, sino el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación²⁶, si bien convendría puntualizar que no se trataría aquí de una posición subjetiva, sino precisamente en tanto que negación de la experiencia del sujeto, de una exaltación imaginaria del yo.

Ahora bien, para poder avanzar en este terreno habría que diferenciar entonces entre “sujeto de la enunciación” (que es esencial en el texto artístico) y “enunciación” en general, que es un concepto que puede entenderse también desde lo semiótico y lo imaginario, incluso como registro, en tanto que enunciación ideológica, presente también en un texto artístico en el que el ego del autor y su deseo más imaginario emergen como punto de vista ideológico, es decir semiótico e imaginario a la vez, pues ambos registros sitúan al texto en el plano específico del “no saber” y sin embargo “hacer”, por ejemplo una obra literaria o cinematográfica a la moda o al gusto del poder político dominante, una obra que busca el éxito comercial y el reconocimiento social; pese a lo cual puede seguir siendo, asimismo, un texto poético.

No es casual que J.G. Requena desplegara su concepto del “sentido tutor” precisamente en el análisis del cine de S.M. Eisenstein, tan interesante desde el punto de vista estético pero tan complicado de analizar, a la vez, por sus implicaciones no sólo estrictamente ideológicas sino también políticas. Así, “sin duda, el deseo de la Revolución está ahí, hay en la superficie de los más conocidos films eisensteinianos la voz de un enunciador que lo proclama. Pero ni ésta es la única voz del texto, ni su deseo el único que lo atraviesa. Y sobre todo (...) el sentido tutor descubre una cara oculta en la que la evidencia se eclipsa y emerge la interrogación²⁷”.

27 GONZALEZ REQUENA, Jesús (2006): *S.M. Eisenstein*. Ed. Cátedra (2ª ed.), p.17.

Por tanto, en el sentido tutor, en sus dos caras, se puede articular por un lado la presencia de un enunciador ideológico, con su punto de vista único (la defensa de la revolución o la justificación del régimen totalitario estalinista) y por el otro la emergencia de un sujeto de la enunciación. De este modo, pese a la presencia de ese componente ideológico, el texto artístico puede ser también, si tiene la fuerza suficiente, como ocurre en los films de Eisenstein, un espacio de escritura en el que se perfila un sujeto, pero siempre que reservemos este concepto de “escritura” para lo poético, como hecho específico en el que no se agota el Lenguaje en su totalidad; al contrario de lo que en cierta forma pretendieron Barthes y el postestructuralismo en general.

Frente a la ideología, que es una falsa conciencia de la realidad, un discurso engañoso y un tapón para poder evitar toda experiencia verdadera, la dimensión ética del texto artístico está, por el contrario, en decir siempre la verdad, en mostrarnos tal como somos (incluidos nuestros aspectos más negativos y nuestro componente pulsional), para lo cual debe dejar a un lado los usos pragmáticos del Lenguaje y desvelar así su función poética (que es siempre reminiscencia de la dimensión fundadora), pues eso que Barthes denominó “trabajo de escritura” es lo que permite conocer la verdad de que todo texto es un “montaje”, un artificio de lenguaje. Es este un primer movimiento de disolución, o deconstucción, de esa coraza ideológica que sepulta a la dimensión fundadora del lenguaje bajo un montón de supuestas evidencias propias del objetivismo semiótico, combinadas casi siempre con otro buen montón de ilusiones imaginarias, generadas desde el subjetivismo más supersticioso.

Mostrada la verdad del origen de nuestro universo, en tanto que montaje lingüístico, mediante el trabajo de escritura, es cuando desde la dimensión fundadora rescatada por el texto poético o artístico se experimenta el problema de la subjetividad, como dificultad de que emerja un sujeto de la enunciación, que sujete al yo en lo simbólico (si se trata de un texto poético clásico o simbólico) o bien como constatación angustiosa de su imposibilidad (en el caso de los textos no clásicos, románticos o de vanguardia), ya que lo que denominamos sujeto de la enunciación, el sujeto que nace en el acto de enunciación simbólica, es siempre un horizonte, una esperanza, y puede ser extremadamente difícil de alcanzar, pues es una posición subjetiva que nos remite al Otro Simbólico que da sentido al ser para la muerte.

Frente a un texto como puede ser un filme de Eisenstein, el lector /espectador comparece como un individuo conformado, a la vez, por un ego que comprende y entiende su componente ideológico y un sujeto que goza con su parte estética. El ego ideológico le capacita para entrar en el juego (semiótico e imaginario a la vez) del enunciador/enunciario, pero además en tanto que sujeto ese individuo ha estado ya sujetado a otros textos previos (y en primer lugar el edípico), ya que la dimensión fundadora de la escritura poética se reproduce sobre un cuerpo (el de autor, el del lector) que no es en absoluto “virgen” (si no estaríamos en el momento del Edipo mismo, propiamente dicho). Es un cuerpo que, por fortuna, previamente ha estado sujetado a otros textos simbólicos (y en primer lugar al metatexto edípico). Las relaciones que pueden darse entre el yo ideológico y el sujeto convocado a una experiencia estética y ética son muy

diversas, pero siempre conducen a una contradicción insalvable y finalmente debe prevalecer una u otra opción; el tapón ideológico o la apertura poética.

En definitiva, la teoría del sujeto de la enunciación y del encuentro con la dimensión fundadora del lenguaje cobra todo su sentido en relación con el texto artístico y por tanto no podría aplicarse a otros textos, como son los científicos y los ideológicos; o mejor dicho tiene que ver con la parte poética de los textos artísticos, porque en la mayoría hay incrustado un texto ideológico, a veces incluso de más peso que el estético (y por eso casi siempre acaba anulándolo). Dado que en general, no hay textos artísticos puros, por eso conviene analizar por separado sus diversas partes, dejando el asunto del sujeto de la enunciación para la dimensión simbólica o metafórica del texto, es decir para el análisis de su componente estético y abordando el ideológico como construcción de un enunciadador/enunciario y de un punto de vista único.

En relación con el enunciadador y el punto de vista es preciso deshacer dos equívocos propiciados por lo ideológico, y que conviven perfectamente el uno al lado del otro en estos textos objetivistas-subjetivistas: el de que el Lenguaje sirve exclusivamente para la comunicación fluida e intercambiable entre un yo (emisor) y un otro en tanto que mero receptor (prejuicio objetivista y semiótico), y el de que el yo se sustenta y sobrevive mediante la incesante eliminación del otro, proceso en el que, tal y como planteó E. Canetti, se basa el apetito de poder (prejuicio subjetivista e imaginario). Y es que la parte ideológica de un texto es siempre mentira, es no querer saber la verdad del ser para la muerte, proyectando la muerte, imaginarizada, como poder sobre el otro (Canetti). La ideología es dormir²⁸, alienarse, no reconocer la diferencia sexual tampoco. Incluso es anteponer el principio de placer al principio de realidad, a la realidad objetiva. No hay experiencia en la ideología, sino que esta es inmune a la experiencia y al principio de realidad.

La frontera entre el saber (científico y poético) y el no saber (ideológico) es lo que separa a la verdad (objetiva y subjetiva) de la falsa conciencia. Las verdades subjetivas, que deben prevalecer más allá de las licencias poéticas, atañen a lo real de la muerte y del sexo, que son dos problemas que, según cómo sean abordadas en el texto, nos pueden dar la clave para verificar si estamos ante uno de tipo ideológico o poético, pues este último es un "espacio de experiencia"; pero de experiencia subjetiva, porque hay también una experiencia

²⁸ En este sentido, alternativo a la lectura más común, podemos interpretar el enunciado, sin duda ambivalente, del famoso grabado de Goya, "el sueño de la razón produce monstruos", entendiendo así a la razón dormida como la definición misma de lo ideológico.

objetiva u objetivable, aunque rebajada de su subjetividad bajo la forma de “experimento”, que tiene su valor, al permitirnos conocer de verdad el mundo empírico.

La ideología, al constituirse de espaldas a la realidad y a lo real, se configura así como lo contrario tanto del texto científico como del poético, conformándose como esencialmente imaginaria y dependiente de un subjetivismo que debemos entender como opuesto a la subjetividad (o verdad subjetiva). Como dijo Francis Bacon (*Novum organum*, aforismo 49), “el entendimiento humano no consiste en la visión imparcial, sino que está sujeto a la influencia de la voluntad y las emociones, hecho que crea un conocimiento fantástico, el hombre prefiere creer lo que quiere que sea verdad”. Ahora bien, el texto ideológico no es un delirio total, una fantasía puramente alucinatoria, gracias, precisamente a la política, que ancla lo ideológico –bien sea este un desvarío alucinatorio subjetivista o bien sea un discurso basado en la mentira y la conveniencia– en lo real del odio al otro²⁹.



Fig. 2. Grabado de GOYA.
Capricho nº 43.

Este enlace con lo real del odio, incluso con el goce asesino, permite a lo ideológico no ser mero discurso, un simple globo imaginario que nos situaría entonces en un contexto lingüístico delirante, alucinatorio; pero esto conlleva que la vía ideológica de conexión con lo real no sea la del conocimiento o el saber, sino la del odio al otro (y a uno mismo).

La eficacia de lo ideológico se debe a que no deseamos saber, no queremos conocernos a nosotros mismos. Nadie quiere verse a sí mismo como asesino (el deseo más elemental, según Canetti) y suicida en potencia (la pulsión de muerte, según Freud) y para satisfacer ese intenso deseo de no saber está la ideología, cuya definición canónica la proporcionó Marx mediante su fórmula: “*sie wissen das nicht, aber sie tun es*” (ellos no saben, pero hacen). Porque efectivamente, y ahí estriba la enorme eficacia de lo ideológico, se trata de un no

²⁹ Esa es la tarea que aguarda siempre a la política, como complemento del discurso ideológico, la de gestionar el odio, tal y como analizó Carl Schmitt, para el cual la política es siempre saber localizar al enemigo, para eliminarlo, por lo que su mejor expresión es la guerra. Esto permite finalmente la conexión de lo ideológico con el poder, entendido este como cauce al deseo asesino (E. Canetti).

saber que sin embargo permite hacer, es decir que esa falta de conocimiento verdadero paradójicamente propicia y refuerza nuestra capacidad de desarrollar las tareas cotidianas, las actividades económicas.

Los hechos como huellas de lo real

Una cuestión clave es qué entendemos por “realidad”. Pues bien, proponemos considerarla como la expresión de los conflictos que se desprenden de la relación, siempre problemática, entre lo real y el Lenguaje, y lo que entre ambos se juega, que entre otras cosas es el principio de realidad. Un verdadero conocimiento de la realidad, tal y como se desprende de los diálogos platónico-socráticos, por ejemplo el *Teeteto*, debe basarse en dos criterios, verdad y justificación, aunque finalmente la fórmula definitiva, que permite el arquitecno de toda la teoría socrática, articulando los diversos ámbitos del saber, sea el famoso *dictum*: “conócete a ti mismo” (*nosce te ipsum*).

El desarrollo de dicha teoría socrática sobre la verdad y la justificación va a dar lugar, con el tiempo, a la aparición de ese instrumento al servicio de la razón que es el método científico, el cual habrá de ser el motor del avance de la modernidad, de la ilustración y del progreso científico y tecnológico, sólo posibles mediante el establecimiento de verdades (objetivas) que se justifican gracias a la verificación empírica completada, más adelante, merced a Popper, mediante el uso del instrumento conceptual de la “falsación”.

En todo caso, dicho desarrollo moderno del método científico fue posible gracias a las propuestas pioneras de Aristóteles, que al separar física y metafísica amplificó el alcance de la teoría platónica, pero con la salvedad de que, frente a lo que ha llegado a instaurar la epistemología contemporánea, en Aristóteles todavía estaba clara la diferencia dialéctica y complementaria a la vez entre las “dos culturas”, estableciendo por un lado el ámbito del “Logos” (realidad, concepto, abstracción) y por otro el del “Mithos” (ficción, metáfora, analogía), de tal modo que para Aristóteles el acceso a la verdad y al conocimiento de la realidad puede y debe hacerse tanto a partir del logos como del mithos.

Dado que la filosofía de la ciencia y la epistemología modernas han articulado fehacientemente las condiciones en las que es posible un conocimiento de la realidad mediante el establecimiento y justificación (falsa-

ble) de verdades objetivas, utilizando el método científico; desde hace siglos resulta sin embargo más problemático, desde el punto de vista epistemológico, sostener la existencia de verdades justificables mediante el mithos y la ficción, pero precisamente esta otra vía de conocimiento es la que más consecuentemente ha sido reivindicada desde *Trama y Fondo*, estableciendo que es posible y deseable el acceso a verdades subjetivas, debido a que el lenguaje no se agota en su estructura lógico-formal, y dichas verdades emergen en la experiencia poética, que podríamos reconocer como un “experimento” en el que el sujeto no está excluido. Esta vía subjetiva hacia el conocimiento nos permite cumplir el mandato socrático, el de conocernos a nosotros mismos en tanto que sujetos pulsionales, habitados por la pulsión de muerte (S. Freud) y el deseo de asesinato del otro como desvarío para eludir la propia muerte (E. Canetti). Afrontamos de este modo, que puede ser doloroso pero también gozoso, no ya la realidad objetiva, sino lo real mismo de la experiencia, que está relacionada siempre, de alguna manera, con la experiencia sexual.

Pero, una vez señalada la compatibilidad, en el campo de la verdad, de las matemáticas y de la poesía, habría que distinguir entre verdad lógica y verdad fáctica. La primera tiene que ver con la estructura, con el orden lógico, sintáctico, sistémico del Lenguaje, respecto al cual hay que plantear el problema de la coherencia como algo reducido a la tautología (Wittgenstein) y en cuyo ámbito lógico es precisamente donde se producen los “juegos de lenguaje” que, por tanto, nos separan con sus artificios de lo real (incluso para algunos pensadores, más radicales, de la mera realidad empírica), impidiendo cualquier conocimiento verdadero. La ciencia estaría, así, para los pensadores relativistas, atrapada por completo en el interior de este mundo autorreferencial. No en vano el propio Wittgenstein propuso que la aritmética se sostiene por la fe, porque mucha gente cree en ella (como ocurre, dice, con el sistema bancario) afirmando finalmente que son siempre las “tretas gramaticales las que nos convencen, incluso en matemáticas”.

Sin embargo, pese a lo que casi toda la filosofía contemporánea se ha empeñado en sostener, el lenguaje y lo real pueden conectarse, pueden entrar en contacto, por eso es posible la existencia de la ciencia auténtica, debido a que es factible el establecimiento del hecho, como acontecimiento real, como suceso que realmente ha acontecido y del que hemos registrado una huella lingüística, que es la teoría o el discurso científico que lo tiene en cuenta (como cifra matemática) y lo trata de explicar, siempre en un contexto de falsabilidad, estableciendo de este modo una verdad fácti-

ca que va más allá de la mera verdad lógica propia de la auto-referencialidad del lenguaje; esa verdad lógica de los enunciados que sería la única que podríamos admitir, a partir de las propuestas de Wittgenstein.

El hecho, tal y como lo establece el método científico, es decir la vía epistemológica hacia el conocimiento, es algo que se hace, que se fabrica. Los indicios de este proceso de elaboración están en las propias palabras que utilizamos: “*término*” es allí donde acaba cierto límite del lenguaje y donde nace algo de otro tipo; del mismo modo que decimos, para referirnos al nacimiento de un nuevo ser humano, que se ha producido un “*embarazo a término*”. Estamos en el ámbito de lo que se engendra; mientras que “*concepto*” es precisamente lo concebido. En definitiva, el hecho científico, la verdad fáctica, contiene en ese constructo lingüístico que es, una marca, una huella de lo real y por tanto supone ser una verdad empírica³⁰. Por lo demás, este proceso de elaboración de la realidad exige dejar de lado tanto al sujeto de la enunciación como al enunciador ideológico, garantizándose así la objetividad de su procedimiento.

30 GONZALEZ REQUENA, Jesús (1989): *El espectáculo informativo. O la amenaza de lo real*, Akal, Madrid. El concepto de “huella de lo real” procede a su vez de la noción de “lo radical fotográfico” desarrollada por el autor en este libro y en múltiples trabajos posteriores. No obstante, quizá sea factible llevarlo más allá del ámbito de la fotografía, el cine o la televisión, haciendo de él un elemento útil para la teoría del conocimiento que proponemos.

Esta idea, la de que el Lenguaje puede captar huellas de lo real, está ya, como tantas otras, en Platón, en concreto en “El mito de la caverna” (Libro VII, *República*) cuando describe de esta manera la posición de los hombres dentro de esa metafórica caverna: “están en ella desde niños, atados por las piernas y el cuello, de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia adelante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza”; situación que en nuestra opinión viene a definir simbólicamente el inevitable atrapamiento del ser humano en el Lenguaje. Ahora bien, esos hombres perciben “las sombras proyectadas por el fuego sobre la parte de la caverna que está frente a ellos”, pudiéndose entender dichas “sombras” como las huellas del fuego abrasador de lo real.

Algo similar sugiere Freud en *Más allá del principio del placer* (1920), cuando, tal y como analiza J.G. Requena², señala que el sistema cognitivo, que conforma la percepción y la conciencia, debe construirse protegiéndose del “influjo destructor de las energías demasiado fuertes que laboran en el exterior”, aunque a dicho sistema “le basta con tomar pequeñas muestras del mundo exterior como prueba”. Pues bien, esas pequeñas “muestras” de Freud, que son literalmente “pruebas”, o las “sombras” de Platón, pueden considerarse como sinónimos del concepto de huella de lo real, en tanto que componente esencial para construir una verdad objetiva o establecer un hecho.

En resumen, y más allá de lo ideológico, el Lenguaje permite conocer ciertas manifestaciones de lo real, a través de sus huellas, para construir a partir de este conocimiento el principio de realidad. Es esencial establecer el hecho, más allá de la verdad lógica, incluso en ámbitos que no son estrictamente propicios a la ciencia, tal que la historia, pues, como dice Hannah Arendt en *Verdad y política*, la interpretación histórica siempre es parcial y relativa y todo son juegos de lenguaje, pero como afirmó Clemenceau nadie podrá decir en el futuro sin mentir que en la Gran Guerra fue Bélgica la que invadió Alemania. Este enunciado (“Bélgica invadió Alemania”), a diferencia del opuesto, es falso porque no se basa en un hecho, en algo que ocurrió realmente y por tanto no ha sido construido mediante operaciones lingüísticas en torno a esa huella de lo real, en la escala del tiempo y el espacio en la que nos manejamos en dicho nivel de conocimiento; sin que a la vez deje de ser verdad la teoría de la relatividad de Eisenstein según la cual el espacio-tiempo se curvan y por eso, seguramente, se produce la fuerza gravedad, aunque nosotros no percibamos empíricamente dicha curvatura, y experimentemos el tiempo, en el espacio vital en el que se desenvuelve nuestra vida cotidiana, como algo lineal. Y asimismo, es también cierto que espacio y tiempo son fenómenos contruidos desde el lenguaje, para poder establecer a partir de ellos el principio de realidad y que seguramente no existen, como tales, en sí, en el conjunto vacío de lo real, y son además abstracciones o conceptos, pero son ciertos y verdaderos, porque en tanto que conceptos científicos han demostrado que pueden dar cuenta de huellas de lo real, y ello sin dejar de ser diferentes a la vez en las diversas escalas en las que establecemos nuestro saber objetivo del mundo físico: la infinitamente pequeña (escala cuántica), la infinitamente grande (escala de la relatividad) y la empírica o cotidiana. Evidentemente, la ciencia no puede dejar de aspirar a tener una teoría unificadora e incluso, tal y como reconoce Alan Sokal la “variedad espacio-tiempo” puede muy bien dejar de existir como “entidad ontológica fundamental” tal y como se la entiende actualmente, cuando se puedan unificar (si es que se llega a conseguir) la mecánica cuántica y la relatividad (logrando así una comprensión correcta de la gravedad cuántica, materia en la que este autor es especialista), de tal modo que a la variedad espacio-tiempo puede que haya que considerarla sólo como una aproximación válida únicamente para escalas mayores que “la longitud de Planck (unos 10^{-33} centímetros, es decir, ¡una millonésima de una milmillonésima de una milmillonésima del tamaño de un átomo!”, pero aún así eso no supone que el espacio-tiempo dejara de ser una realidad objetiva, “significa sólo que los elementos fundamentales de esa realidad física objetiva serían diferentes de lo que se pensaba”, como

ya ha ocurrido otras veces, pues los “elementos ontológicos fundamentales” han pasado de ser “las posiciones de las partículas”, en la mecánica newtoniana, a “los campos”, en la mecánica cuántica, siendo todos ellos sucesivos “niveles” de teorización de, en el fondo, lo mismo³¹.

Es este un asunto esencial en ciencia, el de la escala. Como dice Alan Sokal, se trata de niveles sucesivos de especulación, indispensables para el conocimiento científico, de tal forma que la “ontología no fundamental de la vida cotidiana” puede ser considerada como una aproximación macroscópica, poco afinada a la “ontología más fundamental, microscópica, de los quarks y los electrones”; pero en un sentido u otro unas ontologías se derivan de otras, con las que inevitablemente se relacionan, aunque a veces no sepamos muy bien cómo, ya que, por ejemplo, “la mecánica newtoniana es derivable de la relatividad general en el sentido de que vendría a ser una aproximación en un campo débil a velocidad baja, así que su ontología es una versión en cierto sentido poco afinada de la ontología relativista, más fundamental³².

31 SOKAL, Alan (2009): *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*. Paidós, 2009; p. 90.

32 SOKAL, A., *op. cit.*, pp. 322-326.

Y sin embargo es precisamente esto lo que no tendrán nunca en cuenta Wittgenstein y el pensamiento relativista posmoderno, mediante el que se han desarrollado muchas de sus propuestas, intentando deconstruir a la ciencia, demostrando que es un simple artificio lingüístico completamente separado de lo real. Wittgenstein, al decir por ejemplo “que el sol amanezca mañana es una hipótesis: y esto significa que no sabemos si amanecerá”, señala que, en efecto, el pensamiento científico se rige por un método hipotético-deductivo, pero dado que el conocimiento objetivo es siempre probabilístico, la probabilidad de que el sol salga mañana (verificada empíricamente como deducción de la hipótesis inicial) es tan alta que casi llega a ser una certeza total, independientemente de mi posición subjetivista (ya que si muero para mi no saldrá) y según lo que conocemos objetivamente de astronomía y en función de los datos que nos suministran los instrumentos de análisis (telescopios y satélites); pues sin ellos existiría quizá la posibilidad de que un enorme meteorito se estrelalara contra la tierra, pero al tenerlos en la actualidad al menos lo veríamos llegar y sabríamos del Apocalipsis con varios días de antelación. Por otra parte, la posibilidad de que se produzca un fenómeno de esa magnitud, en la tierra, pero sobre todo en el propio sol, ya que el enunciado “que el sol amanezca” es científicamente confuso, es impensable a escala cuántica y a escala de la teoría de la relatividad es tan pequeña la probabilidad de que ocurra que se aproxima a cero y prácticamente es despreciable.

Luego la hipótesis de Wittgenstein, a estas escalas o niveles de teorización, es falsa: sabemos que amanecerá al menos mañana, aunque nosotros no estuviéramos aquí. Del mismo modo resulta demasiado impreciso decir, desde el punto de vista científico, que como afirma también Wittgenstein “no existe la necesidad de que una cosa deba acontecer porque otra haya acontecido” pues hay solo “una necesidad lógica”. Pues no; si de lo que estamos hablando es de relaciones físicas que han sido ontológicamente constituidas, en ese caso hay también una necesidad fáctica, basada en verdades y hechos establecidos: a escala tanto de la ontología macroscópica de la vida cotidiana como de la teoría de la relatividad: si tiramos un objeto hacia arriba mientras estamos en la tierra éste cae inevitablemente debido a una fuerza, siempre igual y constante, que tira de él hacia abajo.

Ahora bien, igual que hay que separar a la superstición de la auténtica experiencia religiosa, o a la verdad poética de la mentira subjetivista, debemos separar el texto científico de la ideología cientifista, que plantea, por ejemplo que el mundo es “algo en sí mismo razonable, congruente con el orden mismo de la razón”². No, el verdadero conocimiento científico, e independientemente de que este sea casi siempre más un horizonte teórico o un ideal al que se aspira, que raramente se observe en la realidad por exigir esfuerzo y renuncia narcisista³³, debe ser un pensamiento consciente de sus propias limitaciones.

Tenemos por tanto dos tipos de textos para conocer el mundo, el de las matemáticas y el de la poesía, que deben separarse y analizarse en sus ámbitos textuales específicos. Así, buscar la presencia de la dimensión fundadora del lenguaje y del sujeto de la enunciación no tiene sentido a la hora de afrontar la pertinencia o no de un texto científico, del mismo modo que no es exigible la justificación mediante verificación empírica en un texto poético. Sin embargo, los dos tipos de verdad, subjetiva y objetiva, a la que ambos textos nos convocan son perfectamente complementarias; aunque en los últimos siglos, desde la emergencia de la modernidad y la fractura consiguiente en el ámbito cultural entre razón positiva, por un lado, y pasión romántica, por otro, no han dejado de producirse nada más que malentendidos y desencuentros¹. Pero ese enfrentamiento entre los dos campos del saber supone en realidad un grave problema, ya que es la consecuencia de haber confundido al enemigo, pues tanto la ciencia como la poesía tienen uno común, que no es otro que la ideología.

³³ Según una extendida visión ideológica, de tipo romántico, son la ciencia y la objetividad las que dominan el mundo moderno, confundiendo quizá con la mera tecnología. Sin embargo la realidad es que incluso en los países desarrollados avanza imparable la superstición y la ignorancia. Como muestra valga un botón: en el Reino Unido se están produciendo otra vez muertes por sarampión, enfermedad que prácticamente había desaparecido gracias a una vacuna muy eficaz y sin apenas efectos adversos, tal y como han establecido las pruebas científicas disponibles. Esto es debido a las campañas de los enloquecidos movimientos antivacunas, que han extendido su peligrosa ideología gracias a los medios de comunicación, internet y las redes sociales. Véase, por ej. GOLDACRE, Ben (2011): *Mala Ciencia. Distinguir lo verdadero de lo falso*. Ed. Paidós.